

Decimoctavo domingo después de la Trinidad

1 Corintios 1:4-9

“Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús, pues por medio de él habéis sido enriquecidos en todo, en toda palabra y en todo conocimiento, en la medida en que el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado entre vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don mientras esperáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; el cual también os mantendrá firmes hasta el fin, para que seáis irreprehensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.”

1. Este es el comienzo de la Carta a los Corintios, que Pablo escribió porque las condiciones no estaban tan bien después de su partida. Algunas personas ya habían formado sectas y habían hecho una confusión de todo, tanto en la enseñanza y la vida, de modo que reprendió y corrigió sus vicios y faltas. Además, todavía es necesario y útil leer y trabajar con ella hoy también, ya que el diablo nunca toma vacaciones cuando se predica puramente el evangelio, sino interfiere entre los hijos de Dios y también siembra su semilla.

2. Ahora, San Pablo quiere ser algo rudo con ellos y lavarlos bien con lejía. Sin embargo, comienza con cuidado, mostrándoles lo que han recibido por medio del evangelio. De esta forma, quiere recordarles que deben estar agradecidos con Dios por el evangelio, y así honrar y alabar, enseñando y viviendo en concordia y guardando contra las sectas y otras ofensas. Por esto comienza de esta forma:

“Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús,” (1 Corintios 1:4)

3. Es como si quería decir: “Queridos hermanos, ¡piensen en cuán grande gracia y dones Dios les ha dado! No se los dieron debido a la ley o por causa de su justicia, méritos y obras. No tienen por qué jactarse de ellos, uno sobre el otro, o crear sectas y divisiones. Más bien, todo esto se les ha dado en Cristo y por causa de él por la predicación del evangelio. Esta gracia trae consigo y les da toda clase de dones, de modo que también se han hecho tan ricos en todas las cosas que no hay ningún don de Dios que les falta, excepto que todavía tienen que esperar el día feliz cuando Cristo visiblemente se revelará a ustedes con todos los beneficios celestiales que ahora tienen en la fe,” etc.

4. De esta forma les recomienda la predicación del evangelio (como hace en muchos otros lugares), para que la consideren de alto valor. Lo hace con su propio ejemplo, a saber, que por ellos él mismo en su propia persona agradece a Dios. Quiere estimularlos tanto más a la gratitud, para que piensen en lo que eran antes y en lo que ahora han recibido por medio del evangelio; también, para que tengan cuidado de no caer de esto a su ceguera anterior, por olvidar su anterior miseria y la gracia que ahora han recibido. Esto también había comenzado entre ellos por sus facciones cuando ellos, cansados del

evangelio y ya no poniendo valor en la gran gracia, comenzaban a buscar y escoger otras cosas.

5. Miren lo que pasó en este tiempo con el alto apóstol y más alto maestro de los gentiles: ¡tuvo que ver y oír en su propia parroquia las facciones y sectas que se provocaron durante su vida por la seguridad y la falta de gratitud por el evangelio! ¿Sorprende que lo mismo sucede ahora, cuando no hay tan excelentes predicadores y cristianos justos que había entonces? Vemos cuan grandes dones también se han dado a nosotros. Al mismo tiempo, empero, también vemos y sentimos qué clase de facciones y escandalo el diablo fomenta. La causa de esto es nuestra falta de gratitud, puesto que hemos olvidado tan rápidamente todos los males que sufríamos bajo la ceguera anterior del papado y cuán miserablemente fuimos engañados y afligidos. Si la gente es negligente y desconsidera esto, no pueden seguir gratitud y respeto por la palabra de Dios. Tales cristianos presuntuosos y olvidadizos se van pensando que siempre ha sido, y siempre será igual como ahora.

6. Debemos despertar al pueblo y recordarles a pensar en lo que no tenían antes, sí, en la miseria en que estaban estancados, que San pablo después clara y llanamente retrata para sus corintios (como hemos oído antes en varios lugares de esta carta). Aquí, sin embargo, al comienzo, les ayuda a entender, con palabras corteses y bondadosas, que deben contemplar lo que han obtenido por el evangelio, que antes no tenían y podrían volver a perder.

7. Por tanto, dice, “Han recibido ahora la gracia de modo que en todo se han enriquecido”, algo que antes no tenían, y todavía no tendrían si no se les hubiera predicado el evangelio, a saber, en todas las cosas que son necesarias para la vida venidera. El evangelio no está allí para enriquecer a la gente aquí en la tierra, más bien, para que no les falte ningún don y no necesiten más de esta única cosa: que él, el Señor, venga en persona, que es algo que todavía les vendrá. En la expectativa de su venida, pueden vivir aquí por la gracia y los dones con que han sido enriquecidos en todas las cosas, hasta que finalmente sean redimidos de esta vida pecaminosa, malvada del mundo y todas sus aflicciones. Deben saber esto, y dar gracias a Dios porque no necesitan luchar por otros dones o vocaciones que sean mejores o más altos, como si todavía no tuvieran todo lo que deberían tener, como los sectarios les dicen.

8. Calcúlalo tú mismo. ¿Qué podríamos tener o desear mejor que lo que el cristiano tiene en su evangelio y fe, por lo cual está seguro de que en el bautismo sus pecados le fueron perdonados y lavados, fue pronunciado justo y santo ante Dios, y así ya es hijo de Dios y un heredero de la vida eterna? Así, aunque todavía tiene y experimenta la debilidad y el pecado (sí, hasta si ha sido vencido y ha caído), todavía puede ser levantado, absuelto, consolado y fortalecido por su prójimo por medio de la palabra de Dios y el uso del sacramento. Escucha diariamente la predicación de cómo debe creer y vivir en toda condición de la vida. Además, en cada necesidad puede invocar a Dios y orar, y tiene la promesa segura de que Dios concederá su oración y le ayudará.

¿Qué más deseará el hombre, o qué más necesita que saber que es un hijo de Dios por medio del bautismo y tiene con él la palabra de Dios para consuelo y fuerza contra la debilidad y el pecado? ¿Piensas que es una riqueza y tesoro insignificante conocer y tener esto, que Dios mismo habla contigo y por el oficio externo obra en ti; te enseña, amonesta, consuela y ayuda; hasta te da la victoria sobre el diablo, la muerte y todo poder en la tierra?

9. ¡Qué no habríamos hecho y dado antes para tener una parte de esto en las tribulaciones y aflicciones de la conciencia! Bien se dijo: “Todo el que esté triste o tenga una necesidad preocupante debe buscar consejo de un hombre sensato e inteligente y debe hacer todo lo que le aconseja”. Sin embargo, tal hombre inteligente que podría hablar o aconsejar de esto no se encontraba en ninguna parte. Aquí el consejo de una persona sensata no hace nada, sino solo la palabra de Dios, de la cual puedes tomar consuelo y en la cual debes confiar y depender, como si Dios mismo te lo revelara desde el cielo.

10. Tener realmente la palabra de Dios y no dudar que es su palabra (dice San Pablo) es gran riqueza y un tesoro precioso. Esta puede consolar y sostener un corazón. Antes no tuvimos nada de esto bajo la coerción y las tinieblas del Papa. Nos dejamos conducir y ser empujados por las invenciones humanas sin valor de sus mandatos, bulas, mentiras, la invocación de los santos, las indulgencias, las misas y el monaquismo. Hicimos todo lo que se exponía a nosotros bajo el nombre de “iglesia” solo porque nos consolaría y nos ayudaría, para que no nos desesperáramos de la gracia de Dios. No obstante, en vez de consolarnos, estas cosas nos conducían al diablo y solo nos aumentaron la angustia y el terror. Sin embargo, no había nada que podía hacernos seguros. Ellos mismos tenían que confesar en cuanto a su enseñanza que no se podía y no se debía estar seguro de que estaba en la gracia de Dios.

11. De hecho, ahuyentaron a los corazones pobres, tímidos, atribulados, de modo que estaban más asustados y temblaban ante Cristo más que ante el diablo mismo, como seguramente lo he experimentado en mi persona. En lugar que a Cristo, recurría a los muertos, a Santa Bárbara, Santa Ana y otros santos muertos, como mediadores contra la ira de Cristo. Sin embargo, esto no lograba nada. No podía librarme de una conciencia temerosa e inconstante. No había nadie entre todos nosotros, que nos alababan como doctores muy eruditos de la Sagrada Escritura, que podría habernos dado consuelo verdadero de la palabra de Dios y dicho: “Esta es la palabra de Dios. Lo que Dios quiere de ti es que le des el honor de dejar que él te consuele, de creer y saber que perdona tus pecados y no quiere estar enojado contigo”. Si pudiera haber habido alguien de quien habría oído esto, le habría dado todo lo que tenía. Sí, habría tomado tales palabras y en cambio dejado a todos los reyes su honor y corona. De hecho, habría refrescado y preservado mi corazón, inclusive mi cuerpo y vida.

12. Debemos recordar esto y no olvidar agradecerse a Dios. Deberíamos enumerar lo que podemos de los grandes beneficios excelentes con que hemos sido enriquecidos en todas las cosas. Además de la palabra, también tenemos la oración y el Padrenuestro,

para que sepamos qué y cómo debemos orar, lo cual, ¡alabado sea Dios!, casi todos los niños ahora saben. Antes, todos nosotros, especialmente los monjes, nos atormentamos con mucha lectura y canto, y sin embargo no oramos nada, excepto como las monjas oran los salmos o como los gansos cacarean sobre paja de avena.

13. Yo, también, trataba de ser un monje santo, justo, y devotamente me preparaba para la misa y la oración, Pero cuando era más devoto, iba al altar con duda y salía de él con duda. Si hablaba mi confesión, todavía dudaba. Si no oraba, estaba desesperado. Nos controlaba el engaño de que no podíamos orar y nuestras oraciones no se escucharían a menos que estuviéramos completamente puros y sin pecado, como los santos en el cielo. Habría sido mucho mejor abandonar la oración y hacer otra cosa, en lugar de tomar el nombre de Dios en vano. Aun así, los monjes (sí, todos los que se llamaban espirituales) engañábamos a la gente. Les prometimos nuestras oraciones por su dinero y bienes, aunque no sabíamos si lo que les vendíamos se oraba correctamente y era aceptable para Dios. En lugar de esto, ahora sabemos y entendemos, ¡alabado sea Dios!, no solo qué o cómo debemos orar e invocar a él de modo que no dudemos, sino también agregamos un fuerte “Amén” y concluimos que conforme a su promesa, seguramente responderá nuestras oraciones.

14. Seguramente es un tesoro indecible que un cristiano, en primer lugar, tiene la palabra de Dios, que es la palabra de la gracia y el consuelo eterno, el bautismo, el sacramento, un entendimiento de los Diez Mandamientos y la fe, y todo con seguridad. Además, también tiene el refugio seguro de que cuando lo invocamos en la necesidad, él concederá nuestras oraciones. Así, como Dios prometió en el profeta Zacarías 12:10, nos ha dado tanto el Espíritu de gracia y de oración.

Además, también entiende cómo juzgar con seguridad cuáles son las obras y los oficios verdaderamente buenos que agradan a Dios. Asimismo, por otro lado, también puede juzgar y condenar las demás obras como inútiles, sin valor y un culto falso. Antes, no tuvimos nada de esto, porque no sabíamos para nada qué creíamos, orábamos o vivíamos. Buscamos nuestra salvación y consuelo solo en nuestras propias invenciones de arrepentimiento fingido, confesión y satisfacción por nuestras propias obras del monaquismo y la obediencia a los mandatos del Papa. Pensamos que eso lograba algo, y las considerábamos las únicas obras y vida santas, a la vez que el estado cristiano común era mundano y peligroso.

15. Esto se presentaba abiertamente al pueblo extensivamente (y el Papa lo ratificaba) como un barco grande en un mar vasto y agitado, en que solo estaban los santos monjes junto con los santísimos Papas, cardenales, obispos, etc., que tiraban sus méritos y extendían la mano a otros que nadaban en el agua que necesitaban ayuda, atando alrededor de ellos sus cintas o estolas y así arrastrándolos al barco, etc.

16. En comparación con esto, mira y considera si no es una riqueza más grande y más valiosa, que se debe apreciar mucho, que sabes en dónde tu corazón debe hallar consuelo y buscar ayuda en la angustia, y cómo debes vivir en tu oficio en la vida. Así recibes provisión en todas partes. Aunque no siempre puedes acoger esto tú solo, sin

embargo, siempre puedes obtener y retener esto por el servicio y oficio común de la iglesia en los cristianos que son sus vecinos. Asimismo, cuando vives correctamente en las obras comunes del oficio que Dios ha ordenado, luego sabes que estás haciendo algo mejor y más agradable a Dios que si compraras todas las obras y méritos de todos los monjes y eremitas.

17. San Pablo habla de “estar rico”, primero, “en toda enseñanza” o sabiduría, que es la comprensión alta, espiritual de la palabra en cuanto a la vida eterna, a saber, la confianza de la fe en Cristo, y también de la invocación y la oración. Segundo, “en todo conocimiento”, es decir, entendiendo y distinguiendo toda la vida externa corporal y el comportamiento en la tierra. Todas las cosas que el cristiano debe conocer y tener se incluyen en estos dos puntos. Son tesoros y beneficios tan grandes que nadie puede completamente describirlos. Todo el que puede compararlos con las faltas y desventajas que teníamos antes no puede dejar de ser gozoso y agradecido. Yo mismo recuerdo el tiempo cuando estudiaba la Sagrada Escritura con toda diligencia y lo que gustosamente habría dado si alguien pudiera haberme explicado correctamente un salmo. Si comenzaba a entender aun un versículo, pensaba que había vuelto a nacer.

18. Por esto ahora con razón debemos dar profundas gracias a Dios por la gran gracia y los dones de tener otra vez la luz tanto del entendimiento correcto de las Escrituras y del conocimiento en todos los asuntos. Sin embargo, lo que sucedió entre los corintios, que habían recibido en abundancia de San Pablo, pero en cambio se abusaban regularmente de ello y se hicieron vergonzosamente ingratos, sucede y lamentablemente sucederá entre nosotros. Por esto, después fueron castigados, primero, con falsa enseñanza y tentaciones, hasta que finalmente la bella iglesia junto con su tierra y pueblo fue completamente arruinada y destruida.

Castigo similar nos amenaza mucho más y ya toca nuestras puertas en una forma muy alarmante por medio de los turcos y otras miserias y aflicciones. Ciertamente podemos orar con corazones agradecidos y con toda gravedad, como San Pablo aquí agradece y ora por sus corintios, para que Dios los “mantenga firmes” en lo que nos ha dado “e irreprehensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo”, etc.

19. Por esto nos amonesta a permanecer en este conocimiento y gratitud por la gracia y los dones de Dios. Porque estamos ricos y hemos sido salvos por medio de ellos, de modo que no necesitamos nada más, nos amonesta en el futuro solo a esperar que el Señor revele a nuestros ojos por su venida lo que ha prometido y ya nos ha dado por fe.

20. La gente antes ha manifestado gran habilidad y ha escrito mucho acerca de cómo debemos prepararnos para la muerte y esperar el Día final. De este modo han angustiado más las conciencias tímidas, porque no tenían nada que decir acerca del consuelo de las grandes riquezas de la gracia y la salvación en Cristo, sino solo dirigían al pueblo a oponerse a la muerte y el tribunal con sus propias obras y vida buena.

Ahora se ve la gracia preciosa, que todo el que tiene la palabra del evangelio procede y hace el oficio y la obra confiados a él en cualquier estado en que se encuentre. Se

consuela porque por el bautismo es incorporado en Cristo, recibe la absolución, usa el sacramento para fortalecer su fe, y encomienda su cuerpo y alma a Cristo. ¿Por qué debe tal hombre temer la muerte? La muerte llega a la hora que quiere mediante la pestilencia o un accidente repentino. Si el hombre está dormido o despierto, siempre está listo y bien preparado, porque siempre se encuentra en Cristo.

21. El cristiano puede gozosamente agradecer y alabar a Dios por esto. Él mismo ve que no necesita más y no obtendrá nada mejor de lo que ya tiene por el perdón de sus pecados, el don del Espíritu Santo, y la obediencia en su vocación, excepto que diariamente crece y persevera en su fe y en la invocación de su Señor. Pero no puede tener ninguna enseñanza, fe, Espíritu, oración, sacramento, salvación, etc., mejor de los que tienen todos los santos, San Juan el Bautista, Pedro, Pablo y todo cristiano bautizado. Por tanto, no puedo osarme a ocuparme con otra locura con que la gente se prepara para la muerte recordándoles y diciéndoles de los muchos accidentes, males y peligros diarios de esta vida. Esto no logra nada, porque la muerte no tiene miedo ni se aleja de esta forma, ni tampoco se aleja el temor.

El evangelio, sin embargo, nos enseña a creer en Cristo y también a orar y vivir de acuerdo con la palabra de Dios. Cuando la muerte ataca y te vence, luego debes saber que perteneces al Señor Cristo. San Pablo dice. “Sea que vivamos o que muramos, del Señor somos” (Romanos 14:8). Somos cristianos para que mientras vivamos en la tierra podemos tener seguro consuelo, liberación y victoria sobre el pecado, la muerte y el infierno.

22. San Pablo llama la atención a esto aquí y lo amplía abundantemente después en esta Epístola para que seamos agradecidos por esta gran gracia, actuemos unos con otros en una forma cristiana y fraternal en nuestra enseñanza y forma de vivir, y abstengamos de y evitemos la forma de vida disoluta, desordenada practicada por los sectarios y otra gente salvaje. Todo el que realmente aprehende esta gracia y don debe en cambio amar y agradecer a Dios y vivir en la forma recta con su prójimo. Si le falta algo en esto, cambiará y mejorará por la amonestación de la palabra de Dios. Por otro lado, todo el que no tiene esta actitud ciertamente no aprehende ni acoge la gracia de Dios; de otro modo mejoraría y viviría de otra forma.

23. Aquí podrías preguntar por qué San Pablo se jacta tanto de los corintios, a saber, que son tan ricos en todo, no les falta nada, etc. Más tarde, él mismo confiesa que tenían facciones y sectas entre ellos, algunos acerca del bautismo, algunos acerca del sacramento, algunos acerca de la fe en la resurrección de los muertos, algunos acerca del abuso de la libertad. Algunos vivían como se les antojaba, etc. ¿No quiere decir eso que tenían defectos y faltas? ¿Cómo, entonces, se atreve a decir que tienen todo sobreabundantemente en todos los beneficios espirituales, de modo que no les falta nada en ningún punto?

24. Bueno, aquí debemos saber, como he dicho con frecuencia, que la cristiandad no puede estar en ninguna parte tan pura que no haya también algunos mezclados que son falsos y malos, así como siempre habrá hierba, gras, espinos y mostaza silvestre entre el

grano puro. Por tanto, todo el que trata de mirar la iglesia de esta forma, a saber, que no haya nada todavía débil e impuro hallado entre los que se llaman cristianos, perderá la iglesia, sí, además del evangelio y Cristo, y nunca encontrará esa clase de iglesia.

25. Por tanto, esto se dice para nuestro consuelo. Si tenemos el evangelio puro, entonces tenemos el tesoro que Dios da a su iglesia, de modo que no nos puede faltar nada. Esto, sin embargo, no sucede tan fuerte y perfectamente que los que lo oyen lo comprendan completamente ni sean puros en la fe y vida. Más bien, siempre habrá algunos que no creen y algunos que todavía estén débiles e imperfectos. Sin embargo, el tesoro y la riqueza de la enseñanza y el conocimiento ciertamente están allí, de modo que no falta nada, y producen mucho poder y fruto. Cuando algunos no creen, esto no hace daño al bautismo ni el evangelio o la iglesia, sino solo a ellos mismos.

En resumen, en donde queda la palabra, seguramente también queda la iglesia. En donde la enseñanza está pura, allí podemos guardar todo puro: el bautismo, el sacramento, la absolución, los Diez Mandamientos, el Padrenuestro, las buenas obras, todos los estados y todo. En donde falta algo o no es recto, se reprende con la palabra, se mejora y se corrige.

26. Ciertamente debe haber algunos que tienen la palabra y los sacramentos correctos y puros, que creen, oran debidamente, guardan los mandamientos de Dios, etc., como, ¡alabado sea Dios!, hay entre nosotros. Ciertamente podemos concluir que si la iglesia verdadera no estuviera aquí, ninguna de estas cosas estaría aquí. Por tanto, también debe haber miembros verdaderos de la iglesia y santos entre nosotros. Además, aun si los hijos del mundo están mezclados (como sucede en todas partes y siempre), que ni creen ni viven en una forma cristiana, eso no hace incorrecta la fe, el bautismo o la enseñanza, ni tampoco parece la iglesia, sino el tesoro aun así queda allí, completo y sin debilitarse. Dios puede dar gracia de modo que algunos abandonen su incredulidad y vida mala, acudan a Dios y enmienden sus caminos.

27. Por otro lado, en donde este tesoro, la palabra, o la enseñanza y el conocimiento, no está presente, tampoco puede estar allí la iglesia ni sus miembros. Por eso, tampoco pueden creer correctamente ni orar ni hacer buenas obras que agraden a Dios. Así toda su vida está perdida y condenada ante Dios, aun si se jactan mucho de Dios y la iglesia y ante el mundo tienen una apariencia y reputación más grande de una vida especialmente santa o virtudes y honor más grandes que los cristianos genuinos. Queda determinado que fuera de la iglesia de Cristo no hay Dios, ni gracia, ni salvación, como dijo San Pablo en la Epístola anterior: “un Señor, un bautismo, una fe, un Dios”, etc. (Efesios 4:5-6). Asimismo: “no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

28. Por tanto, cuando San Pablo alaba a los corintios, no está mirando a los sectarios, los epicúreos, o los otros que producen escándalos públicos entre ellos, tales como el que había tomado su madrastra. Más bien, está mirando el hecho de que todavía estaba el rebaño pequeño que tiene la palabra, la fe, el bautismo y el sacramento puros (aunque algunas personas falsas y malvadas estaban entre ellos), por amor a los cuales (por

pocos que fueran) están presentes las riquezas indecibles de que habla. Es tanto en tres o cuatro (si no hubiera más) que en cien o mil. No es culpa del evangelio ni de los predicadores ni de la iglesia que muchos no los tuvieran, sino es la culpa de los que cierran sus oídos y corazones.

29. Miren, así San Pablo gloriosamente alabó y describió la iglesia cristiana como está en la tierra y los beneficios y dones indecibles que tiene de Cristo. La iglesia con razón debe agradecerle y alabarlo por esto, tanto con su confesión y con su vida. Ahora concluye esto y dice:

“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.” (1 Corintios 1:9)

30. Puesto que Cristo ha comenzado esto en ustedes y ya se lo ha dado, ciertamente también lo mantendrá hasta el fin y para siempre, con que no intenten caerse por la incredulidad ni lo arrojen de ustedes. Su palabra o promesa dada a ustedes y la obra que hace en ustedes no son mutables, como lo son la palabra y obra del hombre, sino son firmes, seguras, y la verdad divina inamovible. Porque tienen esta vocación divina, deben consolarse por ella y depender firmemente de ella.